

Diálogo de sordos (y serios). La cultura política chilena *ad portas* al Golpe de Estado

Dialogue of deafs (and serious). Chilean cultural
politics before the military dictatorship

Felipe Delgado V**

Resumen

El siguiente artículo profundiza en el ambiente político y social de las décadas de 1960 – 1970, develando en los formalismos propios del mundo de lo serio un medio de legitimidad social y un arma de subversión política para acceder

* Trabajo presentado en el marco del curso “Lo cómico y lo serio en la cultura chilena de la década de 1960” dirigido por el profesor Maximiliano Salinas C., y parte del Programa de Magíster en Historia de la Universidad de Santiago de Chile, año 2007. Se agradece a Ana Riquelme y a Marcela Riquelme por la corrección y aportes realizados a este trabajo.

** Juan Pablo II N° 56, Arauco, VIII región. E-mail: felipedelgado@vtr.net

a los mecanismos de poder. La retórica de la seriedad, en contraposición con las “conductas evanescentes” provenientes del mundo de la risa y de lo festivo, proclama un *ethos* político de la disciplina militante y doctrinaria, eficaz en las pretensiones de imponer un proyecto global de nación. Este trabajo intentará comprobar que la estética de lo serio no es privativa de un sector político en particular, sino que su retórica atraviesa transversalmente el espectro político chileno de mediados del siglo XX.

Palabras clave: Historia política, Historia de las mentalidades, Cultura política en Chile, Discurso político en la década de 1960.

Abstract

The following article deals with the political and social environment during the 60`s and 70`s, revealing the protocols of a serious world, a mechanism of social truth and a weapon of political subversion in order to have access to power. The rhetoric of seriousness, as a contrast with “evanescent behaviours” coming from the happy and festive world, announces a political *ethos* of the militant and doctrinal discipline, useful in the pretensions of imposing a global nation project. This piece of work, will try to prove that the aesthetic of seriousness does not exclude a determined political group in particular, therefore its rhetoric goes through the Chilean political spectrum in the middle of the XX century.

Keywords: politics History, mentality History, politics culture in Chile, political speech in the 60`s.

La seriedad como modelo de vida

*La risa es el escudriño del
diablo que deforma la cara y hace a
los hombres parecer monos.*
Monje Jorge de Burgos,
versión cinematográfica de
El nombre de la rosa

En la democracia moderna, la adecuada administración del poder supone un evidente nivel de racionalidad política, sobriedad, responsabilidad y rectitud para quién asume dicha tarea. En la competencia por alcanzar el poder, estas “virtudes” deben sobresalir como credenciales para que los proyectos y alternativas políticas en disputa logren concitar la adhesión de las mayorías, las cuales serán, en definitiva, el resorte por medio del cual cada uno de estos proyectos o alternativas saltará al poder.

Estos rasgos se reconocen en todo proyecto político sin distinción. Con matices, éstos se han verificado tanto en los regímenes monárquicos, fascistas, socialistas y, por supuesto, en las democracias actuales. Todos estos rasgos y “virtudes” contribuyen a configurar una estética de la seriedad sobre nuestra realidad-mundo. La seriedad con su dimensión dual –*patetismo y didactismo*– constituye un instrumento de legitimación para las clases dirigentes (Beltrán 2002: 60). Esta legitimación procede no tan sólo de su –autoimpuesto– contenido de probidad, sino que, más aún, y de manera soterrada, procede del significado social de lo serio definido en virtud del reparto jerárquico y de la exclusión de lo bajo (Beltrán 2002: 61).

La seriedad practica la exclusión de lo bajo, entendido como todas aquellas conductas evanescentes, desenfadadas, procaces y alejadas de todo ascetismo; llamadas a quebrantar la disciplina y rectitud propias del orden y la autoridad.

Todas estas “conductas desviadas” germinan en ámbitos donde prolifera la risa y el despliegue festivo que están apartados del orden y se resisten sistemáticamente a toda forma de dominación.

Se reconoce en la estética de la seriedad un plano de la jerarquización social y un medio de acceso a las distintas cuotas de poder que articula el sistema de dominación imperante, que ve en la risa, la festividad y el simple divertimento, conductas potencial y socialmente desviadas, que alejan al sujeto de las orientaciones y valores convencionales defendidos por el *statu quo*.

Por tanto, el mundo del poder y las jerarquías es también el mundo de la seriedad. La seriedad es un arma de comprobada eficacia para quienes manifiestan ambiciones de poder y quieren catapultarse hasta la cúspide del orden social.

De acuerdo a especialistas, se deduce que la seriedad se concibe en tanto componente medular de la modernidad, que se arraigaría firmemente en las costumbres, relaciones y en la psique del ser humano a partir del racionalismo dieciochesco (Bajtín 1990, Salinas 1996). Es a partir de este momento cuando “lo serio” se impone sobre “lo cómico”, zanjándose el problema relativo al equilibrio dual entre comicidad y seriedad advertido en tiempos premodernos (Beltrán 2002: 62). Con antelación a esto, la seriedad escolástica propia del medioevo entra en tensión con la risa popular, pecaminosa y disruptiva que, por su naturaleza, cuestiona el orden de cosas y la autoridad divina. Esta tensión se resuelve con la propagación del miedo y el temor a la autoridad religiosa, mecanismos de control social efectivos para imponer el poder espiritual administrado por la Iglesia Medieval¹.

¹ Por esta razón la risa puede ser vista como una reacción en contra la autoridad que la desestabiliza, pues es un síntoma de que ya no

La estética de la seriedad se puede entender como una categoría psicológica y cultural arraigada, fuertemente, en la estructura mental del género humano que, de modo imperceptible, logra conferirle un alto grado de virtud a todas aquellas conductas, ideas, valores y comportamientos sociales que se desarrollen en oposición al hedonismo y al simple goce mundano.

Este *ethos* de la seriedad ha hecho que ésta sea el único mecanismo válido del cual dispone el hombre para alcanzar el éxito. Elementos constitutivos de una tradición de lo serio estarían contenidos en un ascetismo y austeridad a ultranza, una rectitud moral intachable, un comportamiento sobrio, que raya en lo parco, y una lucidez intelectual legitimante que permite elucubrar las grandes directrices para trazar el bosquejo de una sociedad nueva.

Ideas similares fueron las que llevaron a Max Weber a plantear la tesis de la relación indisoluble entre el ascetismo y austeridad de la ética protestante con el éxito del capitalismo en su clásica obra *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*. En ella Weber interpreta que para entender las claves del origen y el ascenso del capitalismo habrá que remitirse a las pautas de vida dictadas por la religión protestante.

En este sentido, Max Weber observa que, para el protestantismo, dilapidar el tiempo en ociosidades como el “cotilleo”, el descanso en el lujo y la riqueza, e incluso en dedicar más de seis u ocho horas al sueño es absolutamente condenable desde el punto de vista moral (2004: 152). La relación laboriosidad-religión queda claramente

expuesta en el pensamiento de Richard Baxter, uno de los más importantes referentes del puritanismo protestante, quien sostiene que “los que permanecen ociosos en su profesión son precisamente los mismos que nunca tienen tiempo para Dios cuando llega la hora de decírselo” (cit. en Weber 2004: 153).

La ascesis protestante redescubierta por Max Weber establece para el hombre un sistemático acto de contrición frente al arrecio de las veleidades propias del ocio. Este es el camino, de acuerdo a la lógica protestante, por el cual debe transitar el hombre si aspira a una existencia descollante.

¿Qué podemos desprender de las reflexiones de Weber respecto del protestantismo y de su empeño por racionalizar la conducta humana sobre la base del ideal de la moralidad mundana? La obra de Max Weber refuerza la idea de que la seriedad es la prenda de garantía que instala a los sujetos a la cabecera del orden social. La seriedad, como una disposición proba y cauteladora en todos los planos de la realidad, ha cultivado un alienante culto al éxito, anatematizando el fracaso y el libre goce de los placeres mundanos.

La diversión, la ociosidad y la vida despreocupada son apreciadas por la moral burguesa extrema como un modo irracional de comportamiento, pues obran sin ningún fin definido y de manera no ascética (Weber 2004: 171). El ideal pretendido por la racionalidad capitalista occidental de estandarizar la relación capital-trabajo y de uniformar el estilo vital de los sujetos, ha conducido a soterrar a la comicidad y a la risa y a trasladarlas a las antípodas de un mundo de virtud y armonía.

se le tiene miedo a ésta. De acuerdo a lo exhibido en la película “El Nombre de la Rosa” la autoridad religiosa intentaba mantener el miedo y la pena como mecanismos de control. “Sin miedo no hay respeto a la autoridad”, como señala el abad Jorge de Burgos.

Década de los 60` : la democratización de la fiesta y la risa

*Recuerde que cuando se pierde el
sentido del humor, se
empiezan a sacar las pistolas*
Nicanor Parra

La consigna “Avanzar sin transar”, recogida por gran parte de la izquierda chilena antes y durante la Unidad Popular, es una acertada frase para rescatar la disposición política e ideológica, no tan sólo de los partidos de izquierda chilenos, sino que también la de los grupos que constituían la derecha chilena hasta la dictadura militar. La emergencia de tres proyectos globales contrapuestos e incompatibles, aparece en respuesta a la crisis estructural que experimenta Chile en el campo político y económico a mediados del siglo XX, y que configura la llamada política de los tres tercios. Ésta se manifiesta como síntoma inequívoco de la disolución de un tipo de consenso nacional conocido como el “Estado de Compromiso” suscrito hacia la década de 1930, que le dio estabilidad al sistema político y una cierta gobernabilidad a Chile hasta 1964.

En la pulverización del “Estado de Compromiso” atentó claramente la radicalización ideológica y discursiva a la que adscribió todo el arco político chileno de la época. Primeramente, los partidos de la izquierda marxista, particularmente el Partido Socialista -con la constitución del Frente de Trabajadores a partir de 1956 y luego con el éxito de la Revolución Cubana en 1959- marcaron los hitos que consagraron el inicio de la táctica del camino propio, estimularon a romper con los acuerdos y a mostrar un claro distanciamiento con los partidos burgueses. Luego, con el triunfo electoral en 1964 de la “Revolución en Libertad” prosperaron, al interior de la Democracia

Cristiana, iniciativas tendientes a reforzar su condición de único partido de gobierno, capaz de sostener por sí solo a este último, sin la urgencia de alianzas y pactos con otros sectores políticos. Finalmente, la derecha tradicional chilena, hacia 1960, aparece bastante rezagada en relación al arrollador avance tanto de los partidos marxistas como de la propia Democracia Cristiana. Despojada de su electorado cautivo proveniente del agro, se sumerge en una profunda crisis de la que sólo saldrá insertándose en un proceso de reformulación política e ideológica, que la hará extremar recursos y discursos de índole nacionalista y corporativista con la finalidad de restaurar para nuestro país el contenido monárquico de la autoridad y un ideario patriótico que evoca a los “grandes hombres” del Chile decimonónico, que forjaron la prosperidad económica (interrumpida) de la nación.

Dentro de las múltiples aristas que conforman esta extrema polarización política que antecede al quiebre institucional de 1973, encontramos un agresivo discurso en pos de legitimar cada proyecto global. Al puntualizar la nutrida retórica política que se manejaba en la sociedad chilena de la época, se debe recalcar que ésta operó como arma legítima para el proselitismo y el adiestramiento político de las masas, y, simultáneamente, para atacar y demonizar las ideas del adversario utilizando, en muchas ocasiones, los medios de comunicación disponibles (Soto 2003: 132). Mario Góngora -para algunos el historiador chileno más importante del siglo XX- luego de sus sucesivos vuelcos ideológicos desde el comunismo hacia el conservadurismo, expresó: “el marxismo es, por excelencia, la herejía de nuestra época, en su médula hay algo terrible, casi sobrehumano, diabólico...” (Cristi y Ruiz 1992: 119).

A medida que la retórica política, utilizada en la década de 1960, adquiría un tono más agresivo, en términos proporcionales, su contenido hiperbolizado, fatalista y apocalíptico también se agudizaba. Este rasgo se advierte más claramente en el discurso de la derecha reaccionaria, que ve en la fuerte competencia que le declara tanto el reformismo socialcristiano, como el marxismo revolucionario, la eventual pérdida de su tradicional monopolio del poder, confiriéndole a esto un significado de ingobernabilidad y una pérdida del orden y la tradición para la nación. Los versos de los *Poemas dogmáticos*, escritos por el teólogo y sacerdote Opus Dei José Miguel Ibáñez Langlois -claramente identificado con el segmento más conservador y tradicionalista del clero católico- están imbuidos de cierto modo por esta visión:

Digo misa cuando afuera está oscuro todavía
y por la calle el tiempo fluye
y por el muro rondan los demonios.
Afuera el siglo XX, parecido a cualquier otro siglo....
...hay un viento en el techo, ese clamor
son los bárbaros que vienen sobre Roma,
es la séptima cruzada que comienza,
es el armisticio de la guerra mundial,
es la bomba de hidrógeno sobre nuestras cabezas
(Ibáñez Langlois 1971: 18).

El ambiente de confrontación que incitaba un intercambio de descalificaciones fue detectado claramente por los actores políticos de la época. Julio Silva Solar, diputado de la Izquierda Cristiana, realiza en 1971 un sugerente diagnóstico sobre el panorama político de la época, en donde afirma que “no es raro que [se] tienda a reducir la lucha política a un enfrentamiento moral entre buenos y malos, entre demócratas y totalitarios, entre hombres honestos y criminales, los que podría admitirse en una mala propaganda, pero no en un análisis serio” (*Revista Qué Pasa* 26: 14).

Desde una perspectiva sociológica, la década de 1960 adquirió las características de lo que ha pretendido llamarse un *reventón social* que, a la vez, se presentó como un “contexto de fiesta” para los sectores populares en cuyo ambiente se percibía optimismo y expectación ante el promisorio futuro que se avizoraba para los más desposeídos del país.

Desde que se tiene noción histórica de Chile como una unidad cultural y territorial, el mundo popular ha pervivido al insoslayable yugo de quienes han detentado el monopolio del poder, reproduciendo, para ellos, una realidad marcada por el control apremiante de sus conductas y relaciones sociales. La esclavitud indígena, el control imperial garantizado por la estructura colonial o la omnipresencia de la Iglesia en América y su rol evangelizador, no hicieron más que tender un cerco social e institucional a fin de reprimir cualquier manifestación del mundo aborigen y mestizo.

La entrada de Chile a su naciente vida republicana no hizo más que reforzar esta posición. Claramente, el orden republicano fundado por Diego Portales no se entiende sin las estrategias coercitivas desplegadas por el poder central a toda verificación de insubordinación social proveniente del “Bajo Pueblo” (Grez 1997: 221-236), incluyendo sus despliegues festivos. Esta disposición del Estado portaliano vale para sostener que los primeros años de la República son la etapa fundante de la seriedad en Chile (Salinas 2007: 3-4), cuyo dominio a lo largo del siglo XIX y XX fue absoluto, sólo se advierte el matiz de los arranques de la risa sarcástica gatillada por la comicidad del “humor negro” propio de la elite liberal (Salinas 1996: 25).

Las intestinas luchas interoligárquicas desatadas en Chile hasta 1880 restaron protagonismo a otros sectores de la sociedad. Estas luchas se fundamentaron desde un *ethos* de seriedad y muerte que constituía el *leit motiv* para la conformación del Estado-nación chileno, opacando cualquier forma residual de incontinencia o espontaneidad social (Salinas 2007: 10).

Las condiciones de explotación y sometimiento mantuvieron en una posición subalterna tanto al “Bajo Pueblo” como a las capas mesocráticas, que sólo hasta el triunfo del Frente Popular irrumpen y entran a participar activamente en cada una de las esferas de la vida pública.

Los años del Frente Popular son los años también de un gran acuerdo nacional que lleva por nombre el “Estado de compromiso”, que le otorga al país una relativa estabilidad social y política, en donde izquierda y derecha se reparten el poder en conformidad a sus intereses y sin interferir una con la otra, quedando el poder político y de gobierno en manos de la izquierda y el poder económico en manos de la derecha.

Las tensiones y desacuerdos políticos entre estos sectores, se resolvían de los modos más diversos. Tal es así, que no sólo se podía establecer la concordia entre adversarios políticos a través de una vía formal, como las reuniones entre los partidos, las visitas de Palacio o las sesiones en el Congreso. Famosas eran las reuniones de los llamados “clubes radicales”, en donde, satisfaciendo el refinado paladar de los comensales, se podía persuadir y lograr acuerdos políticos importantes con el adversario, agasajándolo con las ardidres culinarias. De ahí, quizás, la importancia adquirida en esos años por el Club de La Unión como espacio de socialización de encumbradas reuniones políticas.

A diferencia del común de los casos, los “clubes radicales” nos aparecen como ámbitos claves para la ingeniería política de la época. Hasta antes de la década de 1960 hubo espacios destinados a la comicidad y a la fiesta que también tenían por finalidad acceder o, en este caso, afianzar su posición de poder, construyendo, por medio de estos ámbitos festivos, redes de apoyo que le significaran preservarse en él. Este fue el caso de los “clubes radicales” que, en un ambiente de camaradería y esparcimiento, lograban cimentar lealtades políticas.

En apariencia, en estos lugares sólo merece cabida la llamada “risa jerárquica”. Esta es una risa, que si bien puede denunciar la falsedad de lo serio y oficial (Beltrán 2002: 21), es estrictamente política y abunda en quienes profitan del gozo y el disfrute del poder, y que se ríen no de un modo satírico, soez o procaz, sino que su risa denota una complacencia y obsecuencia frente al orden establecido de las cosas. En este caso, la risa constituye un arma de persuasión que busca la aceptación del otro y que, al igual que las adulaciones, permite lisonjear por medio de una sonora carcajada a quién está mostrando su gracia y virtud.

La década de 1960, con todas sus peculiaridades políticas y sociales antes descritas, fue la década de la democratización de la fiesta y la risa en Chile. El clima de fiesta, expectación, optimismo e ilusión que inundó a la sociedad chilena, en especial a los sectores populares, permitió la irrupción de nuevas formas de manifestación social que rescataban lo más inmemorial de nuestra cultura latinoamericana y que, por tanto, se identificaban con las raíces más folklóricas y populares ya sean de nuestro país como las del resto del continente.

Sobre este escenario se reprodujeron condiciones propicias para la exaltación del espíritu festivo y creativo de los sectores populares de la sociedad chilena. Sin temor a equivocarse, se podría sostener que hacia 1960, por primera vez en la historia de nuestro país, las clases populares tienen una efectiva participación en la vida nacional. Con la incorporación plena del campesinado nacional a la masa electoral a través de la promulgación de la Cédula Única de votación en 1958, el derecho a sindicalización de los trabajadores urbanos y rurales, el fin del inquilinaje, las discusiones al alero de la Reforma Universitaria de 1968 y la progresiva arremetida de los partidos de extracción popular a la competencia política de la época, se asiste a un período que entra en clara sintonía con los cambios estructurales que se advierten en el orden mundial que apuntan hacia la ampliación de los espacios de democratización y participación al interior de la sociedad, evidenciados en procesos como la descolonización y los Frentes de Liberación Nacional –casos emblemáticos de esto son la Revolución Cubana y la Guerra de Vietnam-, la gran Reforma Universitaria de París de mayo de 1968, la primavera de Praga en el mismo año o la modernización institucional y doctrinaria de la Iglesia gracias al Concilio Vaticano II, más el revolucionario efecto de la “Teología de la Liberación”. Todos estos sucesos van nutriendo al movimiento popular de una renovada identidad, adquiriendo un rol protagónico y activo en la vida nacional desde 1960 hasta 1973.

Durante estos mismos años, Chile resulta particularmente prolífico en lo que a la escena cultural y artística se refiere. Jorge Edwards y José Donoso fueron los más notables representantes del Boom latinoamericano en Chile, el legado artístico y cultural de la familia Parra encabezado por Violeta y Nicanor, el aporte musical de grupos como Quilapayún e Inti-Illimani y del propio Patricio

Manns, quienes se transforman en los portavoces de la experiencia, los ideales y el pensamiento del mundo popular chileno, regando a través de su música el inmemorial patrimonio de la cultura popular latinoamericana y chilena.

Sin perjuicio de lo anterior, el fenómeno de mayor singularidad observado para la época lo constituye la aparición de la juventud como sujeto y categoría social, la cual, hasta ese momento, no poseía más que una presencia oculta (Salazar y Pinto 2002: 207-233).

En efecto, la aparición de la juventud por estos años tuvo por particularidad la acelerada e intempestiva toma de conciencia del rol protagónico que debía jugar al interior de la sociedad chilena. El clima de cambio “oxigenaba” las utopías de estos jóvenes revolucionarios decididos a tomarse “el cielo por asalto”. Su convencimiento del camino trazado y su optimismo de lo que el futuro les deparaba, procedía de un contundente caudal teórico, el cual era complementado por una no menos fecunda dimensión estética plasmada en murales, música y poesía (Salazar y Pinto 2002: 211).

La dimensión estética era sin duda un fenómeno transversal a la sociedad de los años sesenta. La contracultura del movimiento hippie fue un claro referente para una juventud chilena no tan comprometida en las lides políticas o ideológicas. El discurso pacifista fue el elemento de mayor seducción del *hippismo* y que permeó ampliamente en las nuevas generaciones de la época proponiendo una postura de informalidad, relativismo e, incluso, de resistencia frente a los convencionalismos sociales. El habitual consumo de marihuana, su afición sicodélica expresada en fiestas y música son prueba de su desenfado vital. Benjamín Subercaseaux, Premio

Nacional de Literatura en 1963, condenaba en su obra “Manifiesto a los Hippies” este modo de vida y advertía en tono conservador y serio: “Necesitamos hombres fuertes y ardientes; no drogados impotentes; necesitamos de convencidos inmortales, dentro de una actitud profundamente moral, pero sin dejar que éste sea vuestro lado débil por donde os coja la astucia burguesa” (*Revista Qué Pasa* 31: 48).

El eclecticismo propio del movimiento hippie, manifestación de su espíritu festivo, le valió los ataques y las difamaciones del mundo formal y serio constituido incluso por sus propios congéneres que, atrincherados en veredas políticas diferentes –las juventudes de ultraizquierda y ultraderecha específicamente-, estaban dedicados a resolver “los grandes temas” que preocupaban al país. En relación a aquella generación que simpatizaba con el movimiento hippie se advertía: “Las jóvenes que andaban con vestidos que no alcanzaban a cubrir sus rodillas y los muchachos con luengas barbas y cabellos que bajaban de sus hombros, tuvieron que enfrentar la incomprensión y el disgusto de los más conservadores y pacatos y en muchos casos de sus propios padres” (Corvalán 1997: 85).

En alusión a la condición ecléctica del *hippismo* –particularmente a la formalización ideológica del movimiento llamado siloísmo- *Revista “Qué Pasa”*, en un reportaje titulado: “SILO, negocio de la abominación”, afirma: “Todo siloísta se muestra asqueado de la politiquería nacional: desprecia a la derecha, al centro y a la U.P. El mundo nuevo con que sueña está limpio de partidos políticos. Todo siloísta defiende estas ideas, excepto Van Doren [seudónimo de un pensador siloísta], cuyo *Manual* se pasea del marxismo al nazismo aunque sin proponer ninguna ideología concreta” (26: 11).

Como sabemos, esta candente fermentación de movimientos y expresiones culturales fue silenciada abruptamente por la dictadura militar en 1973. En el marco de su proyecto global y bajo la égida de la Doctrina de Seguridad Interior del Estado, el gobierno militar debía aniquilar cualquier estertor que significara la presencia del “enemigo interno”. Bajo esta concepción, toda creación estética era lo suficientemente sospechosa de contener el germen de la insurgencia. Poetas, músicos, bohemios y hasta los mismos *hippies* –estos últimos por su apariencia- eran perseguidos y acallados ya sea por manifestarse abiertos opositores al régimen militar, o por su natural desacato a una autoridad establecida de manera ilegítima. Muchos autores han señalado que el advenimiento de la dictadura militar marcó el “fin de la fiesta” desplegada en los años 60`. Según Tomás Moulián, Chile durante la UP pasó “del sueño a la pesadilla” (2002: 147). El rasgo monolítico de la sociedad chilena pretendido por la dictadura militar se definió en oposición a la diversidad social que convivía sobre todo durante la década de 1960. La existencia de una variedad de opciones políticas, culturales e incluso familiares le valió al sector conservador y contrarrevolucionario para hacer un diagnóstico del Chile de los 60` como una época de crisis moral y de autoridad, que afectaba especialmente a la juventud de nuestro país (Cristi y Ruiz 1992: 108).

De la chusma querida a los upelientos

Me enseñaste la rectitud que necesita un árbol
Pablo Neruda, “A mi partido”

En algún momento a Jaime Guzmán se le oyó decir que sólo había dos cosas que admiraba de los comunistas: su fe y su disciplina. Efectivamente, el Partido Comunista chileno, como lo observó el líder de la derecha gremialista, era un partido fervientemente disciplinado y respetuoso de la

verticalidad del mando. Desde su fundación en 1922 el Partido Comunista chileno destacó por dos rasgos que se mantuvieron inalterables hasta el golpe de Estado: su imperturbable disciplina partidaria y su discurso de asepsia social dirigido a las masas populares. De hecho, el mecanismo por excelencia para mantener la disciplina en el partido fue la comisión de control y disciplina, que de parte de muchos militantes recibió el apelativo de “cuarto oscuro”, y que infundía un verdadero respeto al interior del PC (Corvalán 1997:102-104).

En cuanto al primer rasgo, la militancia en el Partido Comunista significaba un verdadero apostolado político para sus bases. La apología al recato, tanto en el proceder como en sus emociones, y la obediencia inmaculada al partido y sus postulados, hacía del PC chileno un partido sumamente moderado, reacio a todas las estridencias de -lo que ellos denominaron- un *izquierdismo seudorevolucionario*, que desbocadamente buscaba el tránsito hacia el socialismo pasando por encima de la legalidad y los aliados de clase. En contraste con esto, los comunistas siempre buscaron proyectar una imagen de probidad que los legitimara ante sus adversarios políticos, y que frente a adjetivos como totalitarios, stalinistas o pro-soviéticos, ellos los contrastaran con una rectitud moral intachable que era consecuente con propuestas a la cuales se les imprimió un sello de seriedad y responsabilidad. Esto en virtud de que, de acuerdo a la óptica del PC, la encrucijada histórica a la que se enfrentó Chile en los años 60` era insalvable si no se resolvía por los cauces formales de la seriedad, la disciplina y el orden. Este diagnóstico también era compartido por el Partido Socialista que, con ocasión del Congreso del partido en Chillán en 1967, su secretario general afirmaba: “para alcanzar el éxito es necesaria la disciplina al interior de las

organizaciones políticas de izquierda” (Correa *et al.* 2001: 314). Incluso hay quienes sostienen que la derrota de la izquierda se verifica en la incapacidad de ésta por otorgarle al proceso de “la vía chilena al socialismo” la disciplina y estrategia propias de “la dureza de hombres acostumbrados a las derrotas, portadores de una cabeza fría y un corazón caliente” (Moulián 2002: 154).

Resulta esclarecedor que, al menos en el caso del Partido Comunista, para alcanzar notoriedad y reconocimiento en sus filas fuera necesario cultivar un perfil claramente característico del militante comunista con todos los atributos anteriormente mencionados. El arquetipo podría encontrarse en Don Daniel Vergara, militante comunista y Subsecretario del Interior bajo el Gobierno de la Unidad Popular, que en una entrevista era descrito del modo siguiente:

Muy delgado, pelo canoso, siempre en su lugar (ni siquiera su pelo sale de los márgenes del orden) rostro enjuto e inexpresivo, diríase a ratos rostro de cera (...) sorprendentemente tímido, medido en el hablar, escasamente esboza una sonrisa (...) serio e introvertido, en él podría encarnarse un monumento a la disciplina, las opiniones subjetivas y los arranques emocionales quedan bien guardados frente al permanente uso de la primera persona del plural en todas sus contestaciones (*Revista Qué Pasa* 29: 20).

Incluso la seriedad y solemnidad propia de los comunistas, les imponía una estética en el vestir apegada a lo formal. Requisito para la participación en alguna reunión del partido era asistir en tenida formal, con terno y corbata.

Por otro lado, respecto a la asepsia social que el Partido Comunista quería imponer en las clases trabajadoras, éste fue un elemento muy peculiar en el adoctrinamiento político histórico de los comunistas. Como vanguardia de clase, el PC chileno se dedicó por años no tan sólo a conducir

al proletariado a la adquisición de su conciencia de clase, sino que, y sumado a esto, acometió a la tarea de contener a las masas populares en su inclinación por formas de evasión social. La más habitual de éstas fue la dipsomanía o el excesivo consumo de alcohol en el que caía la clase trabajadora tanto en el campo como en la ciudad. Para los comunistas todo aquello que derivara de la ingesta de alcohol no podía engendrar nada fructífero. En la dionisiaca complacencia de vivir que caracterizaba al Bajo Pueblo, el PC no alertó más que vicio y alienación, exponiendo su moralismo a ultranza, lo cual lo hacía desprestigiar la dimensión jovial del pueblo que lo podía desviar de su vocación revolucionaria. Incluso, ya en la época de Recabarren se escuchaban alegatos contra el consumo de alcohol por parte del Bajo Pueblo, por considerársele un arma de la reacción. Dirigiéndose a un grupo de trabajadores Recabarren les insiste:

Pero ellos [los patrones] son los dueños del vino. Todo el vino que ustedes compran con su salario enriquece a quiénes les explotan. Con la plata que a ustedes les sacan en las cantinas, el rico compra los votos para poder ganar el poder político y organizar desde el Parlamento, o aún de la Presidencia de la República, las matanzas contra ustedes. Muchas veces con el vino se compra el voto de los compañeros menos conscientes. El vino es, por eso, un instrumento de explotación, un medio de dominar al trabajador, de quitarle las ganas de pelea, de socavar la moral de la clase obrera, facilitando su descomposición, el descontrol y el servilismo (Manns 1972: 32).

Por todo esto es que la vida de un comunista se convertía en un verdadero apostolado. La privación de gran parte de los placeres cotidianos era el antecedente que ameritaba el ingreso o no al partido. Todos los requerimientos para poder ingresar al PC se resumen en la siguiente anécdota:

Una persona llegó hasta un local del partido a solicitar su ingreso a las filas. Un dirigente que lo recibe lo felicita por su decisión y le expresa que el partido se caracteriza por su disciplina, que es imperativo ser puntuales, asistir con regularidad a las reuniones, y constituirse en el mejor ejemplo en todo para su familia, vecinos y compañeros de trabajo. Le advierte que los comunistas no son abstemios, pero que los borrachos no se toleran en sus filas. Y lo interroga seriamente: ¿Está de acuerdo? Sí, contesta el solicitante. A continuación le habla de la vida familiar del comunista y de la lealtad que debe mostrar permanentemente a su compañera. El comunista le dice- no puede llevar una doble vida familiar. Ni siquiera debe andar coqueteando con otras mujeres. Y le pregunta mirándolo directamente a los ojos: ¿Está de acuerdo? Sí, responde otra vez, aunque con menos entusiasmo.

Y por último le hace presente los riesgos que presupone ser comunista. Con voz pausada, le habla de que los compañeros suelen perder el empleo, ser detenidos, sufrir persecuciones etc., para terminar haciéndole la pregunta más peliaguda, la que si esta dispuesto a morir por el partido. Sí, contesta firme el interpelado, y bajando la voz agrega para su propio coleteo: -¡Chis!... ¡para la perra vida que voy a llevar! (Corvalán 1997: 103).

Otra anécdota fue lo ocurrido con Pablo de Rokha, que durante algún tiempo militó en el PC, y que fue sumariado por el partido por tener amoríos con una mujer ecuatoriana que ya era pareja de un personero alemán de la Internacional Comunista. Esto deja establecido que la moral comunista también sancionaba la poligamia (Corvalán 1997: 103-104).

Si el Partido Comunista era un partido litúrgico, apegado a rituales que ya en su seno estaban consagrados, el Partido Socialista chileno era fundamentalmente retórico. A diferencia y, muchas veces, en oposición a los comunistas, el Partido Socialista manifestaba una radicalidad en el discurso, y fueron muchos de sus militantes los que iniciaron los fuegos en la álgida discusión política que caracterizó la década de 1960.

A diferencia de los comunistas, que mantuvieron un discurso serio que intentaba hacer reinar por sobretodo la sensatez y la mesura a la hora de enfrentar a la sedición reaccionaria (*El Siglo*, 1970, 4), los socialistas alzaron un discurso si bien serio pero, a la vez, incendiario, incitando al paroxismo dirigido contra todos sus adversarios políticos, encarnados en la derecha, y llamando a que “la conjura de la derecha –piensa nuestro partido- sólo puede ser aplastada por la fuerza invencible del pueblo unido a tropas, clases, suboficiales y oficiales leales al gobierno constituido” (Correa *et al.* 2001: 376).

Para el objeto de este estudio, se puede señalar que el MIR también se caracterizó por una irreductible disciplina partidaria. A pesar de ser un movimiento encabezado por una generación nueva, que suscitó mucha adhesión entre la juventud de la época, no se desprendió en momento alguno de las prácticas políticas de viejo cuño. El MIR siguió adscribiéndose a la política vetusta y tradicional que reinaba en Chile en aquella época, con el objetivo de advertir al proceso político chileno y a la sociedad en general, a partir de los códigos preestablecidos por la seriedad y el fatalismo. Crisis, fracaso, fatalidad y violencia copaban el léxico de la izquierda chilena y particularmente del MIR, que utilizaba estas palabras como recursos para proferir toda su invectiva retórica contra el fascismo, el imperialismo y el reformismo burgués. La vehemencia en el lenguaje operaba como arma de persuasión y subversión frente a lo establecido para afirmar que “la clase obrera no teme a la ofensiva del pijerío y sus politicastros. El pueblo no está dispuesto a aceptar más que un puñado de parásitos y haraganes decidan el destino del país y los trabajadores” (Naranjo 2004: 244).

Al igual que en las bases del Partido Comunista, ser mirista ameritaba una rectitud moral y una conducta intachable acorde con la vocación hacia la causa revolucionaria. Esto planteaba dilemas existenciales entre la militancia del MIR. Por ser uno de los dirigentes más importantes del Movimiento de Izquierda Revolucionaria, el caso de Luciano Cruz resulta muy emblemático para ver la contradicción vital establecida entre un espíritu festivo y la lealtad a la férrea disciplina partidista. Luciano Cruz, muerto en 1971, fue uno de los líderes más sobresalientes de la histórica dirección del MIR encabezada por Miguel Enríquez. Ambos, amigos desde la infancia, entraban en constantes tensiones al separar la actividad política de la privada. Mientras Miguel Enríquez exigía un compromiso casi espartano con el partido, Luciano Cruz, como buen hombre gozador de la vida, no tenía mayores inconvenientes en pasar noches enteras donde “La Tía Olga” -mítico prostíbulo penquista- y aprovechar al máximo sus dotes de galán y conquistador. Su encanto personal logró cautivar no sólo a la mayoría de los miristas, sino también hasta sus más acérrimos rivales, quienes coinciden en calificarlo como “un tipo choro” (Avendaño 2002: 81).

Así como los comunistas construyeron una estética en torno a su vestimenta, gran parte del MIR, en especial sus líderes, vestían chaquetones y vestimentas oscuras, imponiendo un verdadero estilo que fue seguido por muchos militantes con el único propósito de parecerse al ideal del joven rebelde. Con los años, la dirigencia del MIR sería conocida como “la vanguardia sexy de América Latina” (Avendaño 2002: 64-65).

Vemos en cada uno de los recursos discursivos apelados por la izquierda chilena en la década de 1960 un hilo conductor que es la percepción extremadamente fatal que se tiene sobre la clase

obrero y su destino. Incluso Salvador Allende ya en el poder insistía en esta mirada pesimista sobre las reales posibilidades de la clase trabajadora bajo los años de la UP. En el discurso del Día del Trabajador en 1971 sostenía: “trabajadores de Chile: este no es un día de fiesta; este es un día de recuerdo, de conmemoración. Un día para mirar hacia atrás, más allá y dentro de la frontera de la patria y rendir un homenaje a todos aquellos que, en distintas latitudes, cayeron luchando por hacer más digna la vida del hombre y conquistar la auténtica libertad” (Farías 2000: 773).

Esto recrea la imagen de la *victimización* en relación a la clase trabajadora sobre la que se cierne la visión de que hay que poner sobre relieve las truculencias y crudezas de la existencia popular, en desmedro de su dimensión más alegre y jovial. Esto con la finalidad de remover las conciencias de quienes todavía se mantienen impávidos frente a la inequidad social. Argumento similar fue el que dio Patricio Manss, a propósito del lanzamiento de su segundo LP, para refrendar las críticas respecto a la amargura, la desesperanza y la muerte contenidas en cada una de las letras de sus canciones (*Revista Punto Final* 11: 21).

Por otro lado, la izquierda chilena exalta la demonización y el antagonismo que se debe mantener con la derecha, como el principal culpable de los males del pueblo chileno. Respecto al movimiento de derecha FIDUCIA, el diario *El Siglo* detalla:

Pero la corrección de estos *momios* bisoños con los poderes más tenebrosos de la reacción internacional, con los gorilas de Argentina y Brasil, con el Opus Dei y las organizaciones de los ultra fascistas de Estados Unidos y Alemania Federal y con la sedición derechista local, los convierte en instrumentos de designios que no pueden ser tolerados con santa paciencia por quienes de verdad son partidarios de la democracia y el progreso (1968: 2).

De la dorada *canalla* al *momiaje*

La moral que se exige es la moral de la dureza
José María Escribá de Balaguer

La década de 1960 significó para la derecha chilena una época de redefiniciones, 1964 marcó un año de coyuntura crítica para este sector político que vio en la llegada al gobierno de la Democracia Cristiana, una merma importante en su electorado cautivo y un rezago respecto a los proyectos globales levantados tanto por el centro reformista como por la izquierda marxista. Desplazada de la competencia por las propuestas de cambio, en 1966 la crisis a la que llega tanto el Partido Liberal como el Conservador se agudiza al máximo, traduciéndose en un proceso de refundación política para la derecha que tiene por resultado la creación del Partido Nacional, en torno al cual se congregan tanto liberales como conservadores. La fundación del PN marca un verdadero hito en relación a la polarización política que precipita a Chile al Golpe de Estado de 1973. Hasta antes de la fundación de este partido, la derecha tradicional chilena trazaba su ruta política dentro de los márgenes legales y democráticos que ofrecía el orden constitucional chileno, como sugiere Sofía Correa (2005: 101). Con la entrada en escena del Partido Nacional, acicateado por la propaganda *yanqui* diseñada por la CIA, el discurso político de la derecha tendió a endurecerse -al igual que en la izquierda- y a demonizar todo lo que mostrara algún atisbo de marxismo. En este contexto, por ejemplo el cura Raúl Hasbún sostenía que “el marxismo resulta ser la última herejía del cristianismo” (*Revista Qué Pasa* 31: 30).

La idea refundacional estaba instalada desde un primer momento en la derecha nacionalista. En su proyecto político, esta nueva derecha se inclinaba por una restauración histórica del Estado chileno en todo orden. Ante la influencia del marxismo

internacional, la derecha apelaba a rescatar para nuestro país su continuidad histórica, la autoridad, la tradición, el orden y la idea de nación. Todos estos atributos debían estar contenidos en una restauración del régimen portaliano, como lo manifestó en algún momento Arturo Fontaine Aldunate, redactor político de la revista *Estanquero* (Cristi y Ruiz 1992: 124).

No sólo en la intelectualidad contrarrevolucionaria se celebraban estas ideas. El discurso político de la derecha se sostenía en muchos de estos fundamentos para exaltar el espíritu patriótico frente a las perversiones intrínsecas del comunismo internacional. Mario Arnello, diputado del Partido Nacional opinaba que “el comunismo destruye la unidad esencial del pueblo, desarraiga el espíritu patriótico de las juventudes y las incita a la negación total de la creación histórica de Chile” (*Revista Qué Pasa* 48: 42).

Si se revisa en su totalidad el proyecto global de la derecha en la antesala del Golpe de Estado se verificarán las constantes referencias al pasado republicano de Chile forjado durante el siglo XIX. En este caso la derecha chilena siente verdadera nostalgia por el espíritu de orden y emprendimiento que reinó en la oligarquía nacional a lo largo del siglo XIX, lo cual nos devela el carácter serificador de la derecha, que siente nostalgia y admiración por una época en la Historia de Chile en donde se instala rotundamente la seriedad y la muerte en nuestro país (Salinas 2007: 10). El apego a la tradición es naturalmente la matriz del pensamiento conservador que caracteriza a la derecha. Durante el siglo XIX esta tradición se verificó en la mentalidad patriarcal y terrateniente de la oligarquía chilena, que buscaba en lo vernáculo su supuesta legitimidad cultural (Villalobos 1998: 110). Hacia el siglo XX la derecha chilena escarbaba en su suntuoso oropel decimonónico y

en su apego al orden y a la autoridad para, junto con manifestar su apego a las tradiciones, reforzar un imaginario de la desigualdad en todo lo bajo, abyecto, indecoroso y desbordado transmitido por los nuevos tiempos, que contenía el germen de la corrupción, el vicio y la falta de seriedad. Ésta debía ser contrarrestada por la altivez y probidad del poder, además de: “*La sobriedad y austeridad de quienes mandan*, símbolo de nuestras mejores tradiciones nacionales. [Para lo cual] Chile ha reclamado que la autoridad predique con el ejemplo, y ha prodigado su respeto por encima de las discrepancias políticas, a aquellos gobernantes cuya vida ha sido un testimonio personal de virtudes ciudadanas” (Correa *et al.* 2001: 436).

La exacerbación y caricaturización del rasgo tradicionalista y conservador de la derecha chilena lo constituyó el apelativo de *momios*, acuñado en algún momento por el director del Diario Clarín Darío Saint Marie Sorucco, el cual surge por analogía a lo anticuado que aún se preserva mediante la técnica de la momificación. Este cómico apelativo para identificar a los derechistas resulta ser muy significativo para reconocer su presencia en la sociedad. Hermógenes Pérez de Arce, figura señera del *momiaje*, no reniega de esta condición; es más, para él, el carácter serio y moralizante del arquetipo del *momio* le confiere virtudes dignas de admirar. En sus habituales comentarios en Radio Agricultura sostiene que el apelativo de *momio* “implica honestidad personal, respeto a los adversarios, defensa de la dignidad humana, constante preocupación por las libertades políticas y económicas de los ciudadanos y un estricto apego a la legalidad en todos los aspectos” (1973: 80).

Además reafirma que el *momiaje* es la acertada caricaturización que se hace sobre los principios sostenidos por el conservadurismo, al señalar que:

“los *momios* seguiremos empeñados en que se reestablezca el principio de autoridad en nuestra patria. El Gobierno de la Reconstrucción Nacional va a ser fuerte y autoritario” (1973: 83).

Toda esta retórica teñida de maniqueísmos dio pábulo a la irrupción de movimientos derechistas aún más radicales que los propios nacionalistas. El Frente Nacionalista Patria y Libertad y el Movimiento Gremialista fueron las dos organizaciones de derecha que conspiraron para intensificar en extremo la lucha ideológica que propició el quiebre democrático en 1973.

En el caso particular del gremialismo, esta corriente política es expresión de una derecha corporativista, fuertemente anclada en los valores sostenidos por el ala más conservadora de la Iglesia católica. El más enconado conservadurismo católico verificaba que para desterrar todo indicio de marxismo en nuestro país era urgente entablar esta afrenta como una verdadera cruzada. Quienes se transformaron en portavoces de dicha cruzada anti-marxista fueron los representantes del Opus Dei, que mantenían un fuerte vínculo con el naciente gremialismo. Este estrecho vínculo lleva a las fuerzas gremialistas a emprender –lo que fue llamado por el cura Opus Dei Ibáñez Langlois– la Séptima Cruzada “de virilidad y pureza que contrarreste y anule la labor salvaje de quienes creen que el hombre es una bestia” (Soto 1976: 70). El carácter maniqueo de esta afirmación denota que la encrucijada en la que se debate Chile a fines de la década de 1960, *ad portas* de un gobierno marxista, es para la derecha más reaccionaria un momento de tal trascendencia que están dispuestos a recurrir al recurso más sacro, como es Dios y su esencia bélica, para combatir al “demonio” comunista (96).

El trasfondo de este lenguaje bélico proviene de una seriedad conservadora contrarrevolucionaria que visualizó el conflicto, casi inevitable, entre la decadencia del mundo occidental y las nuevas civilizaciones percibidas como “invasores bárbaros” (Salinas 2005: 101-102).

Todos los actores sociales de la reacción que toman parte en esta “séptima cruzada” ven como inminente su preparación para un combate sangriento, en donde los recursos retóricos y literarios cargados de humor e ironía para demonizar, ridiculizar o criticar al adversario han sido insuficientes, frente a lo cual se necesita pasar a la acción directa. Ante lo crucial del enfrentamiento, todos los sectores que se preparan para éste deberán someterse a una política *espartanizadora*, que deberá aplastar al movimiento popular y a su “huella viscosa y lasciva”, esto sería el componente fundamental de la teoría del enemigo ideada por los sectores más reaccionarios de la burguesía chilena (Soto 1976: 98).

El carácter abiertamente confrontacional que adoptan tanto Patria y Libertad como el gremialismo, los alienta al enfrentamiento directo con las fuerzas revolucionarias y nos habla, a ciencia cierta, de su certeza sobre un desenlace fatal como culminación del proceso político chileno iniciado en la década de 1960. Este desenlace operara como rectificador de las fuerzas que en algún momento propiciaron el caos, caos que Hermógenes Pérez de Arce vislumbró como un verdadero circo (en alusión al gobierno de la UP) por entregarle gran participación a la ciudadanía (1973: 127). Indudablemente quién asumirá el rol de rectificador del caos será la junta militar constituida luego del golpe. Frente al rol asumido, la junta militar entiende esta llamada

a hacer entrar nuevamente en “gracia” y en “virtud” a nuestro país luego de la “caótica” y “desmoralizante” experiencia de la Unidad Popular. Estas ideas quedan plasmadas en las primeras declaraciones de la dictadura:

El régimen U.P ha caído en un final wagneriano (...) En este período Chile se fue disolviendo en la demagogia económica y política, en la flojera (...) en la indisciplina, en el odio (...) Mientras tanto, se acumulaban y agravaban los verdaderos problemas de Chile: la inflación devoradora, el estagnamiento productivo, la miseria, la degeneración pornográfica, la corrupción venenosa de los valores históricos y tradicionales, el odio y el divisionismo político. Para abrir una nueva puerta era necesario que el país pagara su cuota de sangre. Ha correspondido abrirla a las Fuerzas Armadas. Reserva moral de la nación (*Revista Qué Pasa* 126: 1).

Al profundizar en el ambiente político y social de Chile durante las décadas de 1960-1970 se descifra en los formalismos propios del mundo de lo serio un medio de legitimidad social y un arma de subversión política para acceder a los mecanismos de poder. La retórica de la seriedad, en contraposición con las “conductas evanescentes” provenientes del mundo de la risa y de lo festivo, proclama un *ethos* político de la disciplina militante y doctrinaria eficaz en las pretensiones de imponer un proyecto global de

nación. Se puede verificar en este trabajo que la estética de lo serio no es privativa de un sector político en particular, sino que su retórica atraviesa transversalmente el espectro político chileno de mediados del siglo XX.

Sin distinciones, derechas e izquierdas en Chile se agruparon en torno a la mantención de un discurso serio que debía repercutir fuertemente en cada uno de sus adherentes, paso previo para alcanzar el poder. Mediante la *demonización*, la descalificación y las macizas argumentaciones teóricas serias y formales que se levantaban, los actores políticos atrincherados en sus respectivas posiciones descargaron contra el otro un abundante arsenal retórico que, en el marco de la radicalidad ideológica, no prescindió ni de la caricaturización ni la sátira para doblegar a su adversario. *Momios, upelientos, pijes, comeaguaguas, rotos y pitucos* conforman un lenguaje, si bien cómico a simple vista, absolutamente serio en cuanto a sus intenciones de reducir “al otro” a su propia abyección, de situarlo frente a sus más desdeñables debilidades que lo hacían, a lo menos, sospechoso de ser un evidente y grave perjuicio para la sociedad chilena de la época.

Bibliografía

- Avendaño, Daniel y Palma, Mauricio. 2002. *El Rebelde de la Burguesía. La historia de Miguel Enríquez*. Santiago de Chile: Ediciones CESOC.
- Bajtín, Mijail. 1990. *La cultura popular en la Edad Media y en el Renacimiento: el contexto de François Rabelais*. Madrid: Alianza Editorial.
- Beltrán, Luis. 2002. *La imaginación literaria. La seriedad y la risa en la cultura occidental*. Madrid: Ediciones de Intervención Cultural.
- Correa, Sofía et al. 2001. *Documentos del Siglo XX chileno*. Santiago de Chile: Editorial Sudamericana.
- _____. 2005. *Con las riendas del poder: la derecha chilena en el siglo XX*. Santiago de Chile: Editorial Sudamericana.
- Corvalán, Luis. 1997. *De lo vivido y peleado. Memorias*. Santiago de Chile: LOM Ediciones.
- Cristi, Renato y Ruiz, Carlos. 1992. *El pensamiento conservador en Chile*. Santiago de Chile: Editorial Universitaria.
- Farías, Víctor. 2000. *La izquierda chilena (1969-1973). Documentos para el estudio de su línea estratégica*. Tomo 2. Berlín: Centro de Estudios Públicos.
- Grez, Sergio. 1997. *De la regeneración del pueblo a la huelga general: génesis y evolución histórica del movimiento popular en Chile (1810-1890)*. Santiago de Chile: DIBAM.
- Ibáñez, José Miguel. 1971. *Poemas dogmáticos*. Santiago de Chile: Editorial Universitaria.
- "La Edad Media en Ahumada". *El Siglo*. Martes 23 de julio de 1968: 2.
- "Los trabajadores a la pelea". *El Siglo*. Miércoles 8 de julio de 1970: 4.
- Manns, Patricio. 1972. *Breve síntesis del movimiento obrero*. Santiago de Chile: Editora Nacional Quimantú.
- Moulián, Tomás. 2002. *Chile actual: anatomía de un mito*. Santiago de Chile: LOM Ediciones.
- Naranjo, Pedro et al. 2004. *Miguel Enríquez y el proyecto revolucionario en Chile. Discursos y documentos del Movimiento de Izquierda Revolucionaria, MIR*. Santiago de Chile: LOM ediciones.
- Pérez de Arce, Hermógenes. 1973. *Comentarios Escogidos*. Santiago de Chile: Ediciones Portada.
- "Responsabilidad de los que aman a Chile". *Revista Qué Pasa*. 48. 16 de marzo de 1972: 42.
- _____. *Revista Punto Final*. 11, Septiembre de 1966: 21.
- _____. *Revista Qué Pasa*. 26, Octubre de 1971: 11 - 14.
- _____. 29. 4 de noviembre de 1971: 20.
- _____. 31. 18 de noviembre de 1971: 48.
- _____. 126. 1973: 1.
- Salazar, Gabriel y Pinto, Julio. 2002. *Historia Contemporánea de Chile*. Tomo V.: "Niñez y juventud". Santiago de Chile: LOM ediciones.
- Salinas, M. 1996. "Risa y Cultura en Chile". *Documento de trabajo 1, Centro de Investigaciones Sociales*. Documento de trabajo. Santiago: Universidad Arcis 3-35. <http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/ar/libros/chile/arcis/salinas.rtf>
- _____. 2005. "La estética de la seriedad. El ideal caballeresco de la desigualdad en Occidente". *Revista Mapocho* 58: 91-109.
- _____. 2007. "De Atenea a Afrodita: la risa en la cultura chilena". *Atenea* 495: 13-34.
- Soto, Ángel. 2003. "Caricatura y agitación política en Chile durante la Unidad popular, 1970-1973". *Bicentenario: Revista de historia de Chile y América* 2, 2: 97-135.
- Soto, Francisco. 1976. *Fascismo y Opus Dei en Chile*. España: Editorial Avance.
- Villalobos, Sergio. 1998. *Origen y ascenso de la burguesía chilena*. Santiago de Chile: Editorial Universitaria.
- Weber, Max. 2004. *Ética Protestante*. Buenos Aires: Ediciones Libertador.